

El Escudo de la Universidad Nacional de México

POR SALVADOR PINEDA

El escudo universitario tiene que interpretarse en estilo académico. Lo exige así su calidad doctrinaria y su contextura ideológica. No se trata empero de una frase retórica, sino de una enunciación real: la actividad científica y la universalidad del pensamiento.

Sin embargo, para valorizar plenamente su contenido, hay que referirse al lema en tono lírico, con argumentos ágiles



y frases vibrantes. Sería injustificado tratarlo friamente, en tono de suficiencia o con petulante sabiduría. Tiene que ser un lema alegre y optimista para que responda, con integridad, a la intención que lo anima y al anhelo que lo inspira: predicar un ideal de juventud.

Tal fué, según creemos, el pensamiento que indujo a José Vasconcelos a implantarlo, siendo Rector, en 1921. No para que sirviera simplemente en el uso rutinario de las actividades burocráticas o en el despacho de la correspondencia diaria, sino para que constituyera un estímulo permanente en el tránsito de las generaciones mexicanas. No fué, por lo tanto, una simple innovación oficial, aprobada nominalmente; pretendió ser un postulado intelectual y crear un ambiente propicio para la vocación americana.

Un águila y un cóndor, símbolos dominantes desde la altura de las cumbres, sostienen el escudo con las alas abiertas, en un alarde fraternal de americanidad. La alegoría de los volcanes y el nopal azteca, testigos mudos de la historia continental, prestan mayor énfasis a la frase emblemática que los enlaza: "POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU."

En el texto de la propuesta hecha por Vasconcelos al Consejo de Educación, se encuentran sintéticamente expresadas las ideas que justifican la adopción oficial del escudo universitario. El lema trata de significar, según expresión textual, la substitución de "las antiguas nacionalidades, que son hijas de la guerra y la política, con las federaciones constituidas a

base de sangre e idioma comunes, lo cual va de acuerdo con las necesidades del espíritu, cuyo predominio es cada día mayor en la vida humana". Pero el escudo se estableció además con la finalidad "de que los mexicanos tengan presente la necesidad de fundir su propia patria con la gran patria hispanoamericana que representará una nueva expresión de los destinos humanos".

Al sostener que corresponde a la Universidad la tarea de definir los caracteres de la cultura mexicana, se quiso confirmar el sentido nacional de su orientación académica; pero además, por su proyección americana, el lema implica la "convicción de que la raza nuestra elaborará una cultura de tendencias nuevas, de esencia espiritual y libérrima".

Salvador de Madariaga apunta una tesis admirable sobre la personalidad del muy Magnífico Señor don Cristóbal Colón, descubridor de América: era Cristóbal la cruz y Colón la bandera. Es decir, el patriotismo y la fe en un solo sentimiento, místico y heroico, al mismo tiempo. O lo que es lo mismo: dos personalidades distintas en un solo ser verdadero.

Podría afirmarse, comparativamente, que el lema "POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU" encierra dos expresiones diversas en una sola voz afirmativa: el espíritu continental o, para decirlo de una vez, el paisaje espiritual de América.

La raza es el signo, y el espíritu es el símbolo. Pero el signo, entendido como categoría humana, como definición de almas y expresión de sentimientos, y el símbolo catalogado en su esencia cultural: el valor de la inteligencia y la supremacía del pensamiento. La significación racial y el simbolismo intelectual, en este sentido, constituyen dos formas definitivas del espíritu universitario.

El lema inscrito sobre el mapa de la América hispánica aspira a traducir el propósito de que el espíritu de la letra impere sobre la extensión de la geografía. El mapa es un simple pretexto para pintar —vivir, sería la palabra adecuada— el paisaje continental, que es, ni más ni menos, la visión emotiva y pasional, no cronológica ni narrativa, de la historia americana.

En la geografía americana existe una inmensa variedad de tipos y climas, de tal manera que los hombres y los pueblos del continente tienen diferentes psicologías y coloridos diversos, según la latitud en que se encuentren. Por eso el panorama humano, político y social, aunque idéntico en lo general, varía en lo particular por determinados rasgos que caracterizan el perfil de las ciudadanías y la fisonomía de las nacionalidades.

En el panorama americano se pueden encontrar horizontes abiertos, extensas llanuras y elevadas montañas formando una cadena de elementos naturales que, en mayor o menor grado, influyen sobre el temperamento y conforman la personalidad. Por eso es diferente la condición del hombre acostumbrado a transitar por los caminos fáciles de la pampa ilimitada, a la del hombre que asciende o desciende con dificultad por las angostas veredas de la cumbre andina inexplorada. El uno posee una psicología plana, uniforme, áni-

mo de sociabilidad, por la confianza y la seguridad en sí mismo que le proporciona el suelo donde finca su vida; el otro, en cambio, la tiene accidentada, arisca, huraña y retraída, acaso por el alejamiento en que vive y el recelo que guarda hasta del mundo que lo rodea.

Dijérase que el llanero es gente de sensibilidad humana y el montañés tipo raro, un poco semejante al animal porque se guía por el instinto.

La geografía es propicia en ocasiones; pero en otras es hostil, cruel, mortal para el individuo; a veces actúa como un estímulo y en otras como desaliento. El embrujo de la selva, por ejemplo, origina la exaltación de los instintos y motiva la realización de actos temerarios y empresas peligrosas; pero fatalmente desemboca en la muerte. De ahí que el imperio de la violencia sea una consecuencia lógica de la influencia que ejerce la fuerza bruta de la naturaleza sobre la condición humana: el hombre está, así, subordinado al medio, de tal manera que la superioridad del ambiente impera sobre él como una ley dominante.

En realidad, el sentimiento del llano y el instinto de la montaña sirven para definir dos tipos humanos que asumen actitudes especiales ante el mundo que los rodea. Por eso el hombre de la llanura y el hombre de la montaña representan dos formas de vida que sólo se identifican por el mismo, idéntico sometimiento al medio físico. En uno y otro caso, ya luchan como civilizadores contra la barbarie o sean devorados por la selva en un impresionante alarde de aventuras y rivalidades, los hombres no pueden evitar, al final de cuentas, la ley de la geografía.

El peruano Luis Alberto Sánchez, en uno de sus libros, advierte dos elementos geográficos dentro del panorama de América: trópico y sur. Ambos reproducen ciertas modalidades en el alma colectiva, hasta el grado de que por los usos y costumbres se conoce de inmediato la procedencia de las gentes. El lenguaje tropical, por ejemplo, es abundante, precipitado, violento, pintoresco y retórico; la dicción sureña, en cambio, es cortante, sentenciosa, pacífica, categórica y pausada.

Habría también que hacer un estudio del hombre de la meseta y el tipo del altiplano para entender con mayor claridad los contrastes y semejanzas que existen entre los pueblos continentales. Sin embargo, en el panorama americano son mayores las similitudes que las discrepancias, son las simpatías y diferencias que dijo Alfonso Reyes.

Pero lo que interesa, en realidad, es colocar sobre la geografía el hombre, y sobre la silueta del hombre, la sombra del espíritu. En esta forma, se conseguirá establecer un enlace perfecto entre lo humano y lo geográfico para que el hombre de la tierra y la religión del suelo se adapten a las nuevas orientaciones de la socio-geografía. Además, al valorizar la tierra como propiedad del espíritu y la geografía como definición del alma, los elementos de la naturaleza se asimilarán a la po-

Refrigeración y Calefacción S.A.

CALLE DE LAS ARTES NUM. 129

Apartado Postal Núm. 1539

Eric 16-33-76
Mex 35-57-84

REFRIGERACION COMERCIAL E INDUSTRIAL
ACONDICIONAMIENTO DE AIRE
INDUSTRIALIZACION DE LA LECHE
CALEFACCION

CHERRY BURRELL CORP.

Artes, número 129.
Apartado Postal Núm. 1539.
México, D. F.



Tels. Eric. 16-33-76.
Mexicana 35-57-84.

encialidad creadora del ingenio humano.

La mejor aspiración consiste, por lo mismo, en interpretar el paisaje espiritual de América en forma emotiva para darle un aspecto positivo a la geografía humana. El hombre americano por encima del medio ambiente, el orden de la potencia intelectual sobre el desorden de la fuerza telúrica, tal pudiera ser el esquema ideal del nuevo continente, liberado de las incomunicaciones por largos brazos tendidos de cordillera a cordillera, como saludos cordiales de horizonte a horizonte; vinculado, de un extremo a otro, por senderos de paz y caminos andables para gentes sencillas e ideas redentoras.

Hay que evitar a toda costa la fragmentación del mapa, a base de luchar contra los regionalismos improcedentes para que, rotas las limitaciones y superados los obstáculos, el mensaje de la inteligencia se extienda más allá de las fronteras artificiales. Habría que pensar en la Patria con respeto y devoción por los valores tradicionales y voluntario apego a los principios creadores de la nacionalidad.

Es indispensable amar el suelo propio y contemplar con amor el cielo nuestro, para justificar así el sentimiento nacionalista y el apego espiritual a la tierra. Hay que recrearse en el panorama de la Patria, no con los ojos sino con el corazón, para que el paisaje nacional pueda apreciarse desde el ángulo de la emoción o con el apego de la inteligencia. Querer la tierra como complemento directo de la existencia misma.

Hay que entender, en consecuencia, al hombre de la tierra como enamorado de las tradiciones patrias, amante fervoroso de las costumbres nacionales; pero junto a él, es preciso colocar al hombre de pensamiento, de mente amplia, poseedor de una sensibilidad horizontal, capaz de hacer sentir su influjo en todas las latitudes.

La interpretación afirmativa del paisaje conduce, necesariamente, a la valoración cultural de las cuestiones geográficas. Sólo de esta manera podrían superarse todas las resistencias, hasta lograr la integración definitiva de la conciencia continental. La identificación en las luchas y la comunidad en los ideales, deben traducirse en la creación de ese tipo de "americanería andante" que, por su amplitud y hospitalidad, permita la existencia de la llamada ciudadanía continental y la hermandad de las Repúblicas. Sólo entonces, como dice Alfonso Reyes, los pueblos americanos podrían prestarse unos a otros sus héroes y libertadores.

Si la cultura, como afirma Vasconcelos, es poesía de la conducta y música del espíritu, el tema de Iberoamérica debe ser la sociología de la conciencia y el paisaje del alma para superar la tristeza y la soledad de panoramas muertos y olvidados, con la belleza de vidas activas y florecientes, llenando "nuestro ambiente en la alegría de corazones fuertes".

Habría incluso que comerse el paisaje para llevarlo siempre consigo, en prenda de intimidad, como fragmento de nuestra propia vida. Eso equivaldría, ni más ni menos, a comulgar en cuerpo y alma con los panoramas en que diariamente se

recrea el sentimiento. Siendo cosa íntima o motivo personal, el cariño al paisaje consistiría, sobre todo, en conocer lo cercano y presentir lo distante. Por eso Vasconcelos ha dicho: "El que no miró la tierra desde su cumbre andina y se alegró, bien puede ahorrarse los viajes dilatados; su mal está en el ánimo. Cúrelo con una ambición generosa y modesta. Es bueno, si se puede, recorrer el mundo; pero no es varonil dolerse de que no es bastante hermoso el panorama nativo."

Hay quienes, en efecto, por estar apegados de emociones mayores, sienten poco apego al terruño y tienen enferma el alma, agotada la sensibilidad; el mundo que los rodea les es indiferente, extraño e ignorado, permaneciendo estáticos, pasivamente retraídos, en descuido completo y abandono total. Pero esas son posturas negativas, humanidades insípidas que casi no cuentan ante los fenómenos del ser y el existir.

El auténtico americano, en cambio, tiene que ser aquél que cobra cariño por el suelo que pisa y la tierra que lo nutre; pero que procura además ampliar su radio de acción ensanchando los rumbos y extendiendo los caminos de su habitual actividad. Tal vez este deseo de expansión, sin renunciar a lo suyo ni dejar de retener lo propio, sea una inquietud hereditaria: el español —explorador de ánimo, caminante de ley y aventurero de vocación— le legó el placer del viaje y la afición por descubrir panoramas y buscar nuevas rutas.

Si se reconstruyen los pasajes más representativos de la conquista de América, se advertirá fácilmente que el español, además de conquistador, era un estético

del paisaje, un explorador sorprendido de los rumbos continentales. El colombiano Germán Arciniegas, al referirse a la presencia del español en estas tierras hasta entonces inéditas, apunta certeramente: "Al entrar en contacto con el mundo extraño de esta América, al aspirar el perfume embrujador que se desprende de un paisaje que para él era una revelación, se siente picado del mal de la selva."

Extasiado ante las bellezas naturales, acaba por enamorarse del suelo que le recibe con ancha hospitalidad, hasta sentirse encariñado con su nuevo mundo. Llega un momento en que puede uno preguntarse quién es el que conquista a quién: ¿el español gana para su reino hispano nuevas tierras y otros hombres o, por el contrario, América conquista para sí a los conquistadores, utilizando como armas sus maravillas y bellezas naturales?

Visto por cualquier lado, el paisaje americano debe apreciarse como tema de cultura, como expresión del espíritu. Ha de escucharse la voz de América sobre la geografía, hablando el lenguaje de Bolívar, Sarmiento, Martí, Bello, Rodó, Hostos, Montalvo, Justo Sierra, González Prada y Gabriela Mistral, con palabras fuertes, heroicas, sonoras, convincentes, cuyo eco perdure y repercuta en todos los sitios y rincones, guiando a los hombres por los senderos de la verdad en fraternal armonía.

No basta, en efecto, observar la historia desde arriba ni deslumbrarse demasiado con las imágenes biográficas de los héroes, sino que es preciso, en todo caso, ver las cosas desde abajo, desde el punto de vista de esas gentes del pueblo que son capaces de escribir a pie o a caballo, sobre

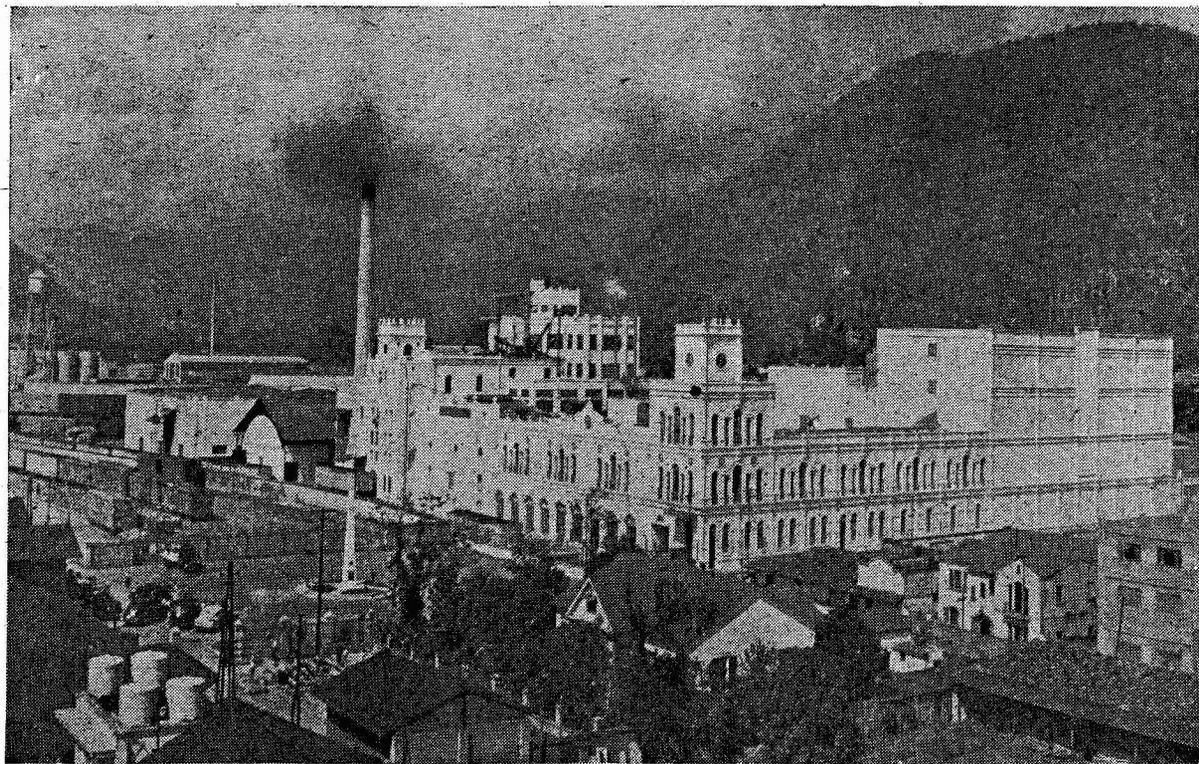
unas tablas flotantes en el mar o entre el peligro de caminos inéditos, los verdaderos hechos históricos.

El relato de los acontecimientos menores sería entonces punto de partida en el estudio detallado del panorama popular de América, de tal suerte que se pueda contemplar el futuro con la mirada penetrante de "esa masa de hombres que en la historia figuran como un ejército y en las crónicas como un tumulto".

Tales orientaciones serían propicias para que la voz de la Universidad se escuchara en todas las latitudes, superando las extensiones geográficas hasta lograr que su llamado se convierta en símbolo renovado de la inteligencia americana.

El ideal debe fincarse en planos superiores para hacer de cada universitario un explorador autorizado del paisaje espiritual de la vida. De esta suerte, el espíritu de la raza y la raza del espíritu serán dos categorías ejemplares de la Universidad. Entonces, el lema alcanzará las proporciones de un conocimiento amplio del mundo de la vida, proyectando su luz hacia la calle, el pueblo y la nación.

Ello supone, fatalmente, una vinculación efectiva entre el anhelo universitario y la realidad continental. Pero para entender con fidelidad la grandeza del lema y conseguir que el espíritu de la raza hable a la humanidad, todos los universitarios deben, finalmente, seguir al pie de la letra el sabio consejo que un escritor sudamericano pone en los labios magníficos de Francisco de Asís: "Salgamos a la cruz de los caminos, digamos el evangelio de la verdad en las plazas, dejemos la sombra de los claustros por la sombra, más dulce, de los árboles."



CERVECERIA MOCTEZUMA, S. A.

ORIZABA, VER.

Fabricantes de

X X - SOL - X X X - SUPERIOR